

TRES MANERAS DE HUMILDAD [164]

Meditación – 2024

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

[164] 3ª nota. La 3ª: antes de entrar en las elecciones, para hombre afectarse a la vera doctrina de Christo nuestro Señor, aprovecha mucho considerar y advertir en las siguientes tres maneras de humildad, y en ellas considerando a ratos por todo el día, y asimismo haciendo coloquios según que adelante se dirá.

Toca, en este momento de los Ejercicios, meditar sobre las tres maneras de humildad, o tres grados de humildad, tres grados de santidad. Ustedes lo van a encontrar a partir del número [164] en donde San Ignacio consigna como una pequeña aclaración que nos ubica en el momento en el que estamos en estos Santos Ejercicios. «ANTES DE ENTRAR A ELECCIONES CONVIENE CONTEMPLAR LOS TRES MODOS DE HUMILDAD».

Es tiempo, entonces, de comenzar a decidir sobre la propia vida. Tanto habíamos insistido a lo largo de los Ejercicios en ordenar los afectos para, justamente, encauzar la vida hacia ese fin para el cual fuimos creados que es dar gloria a Dios y salvar el alma.

Conviene en esto recordar la gran **unidad** que hay a lo largo de todos los Ejercicios. En este caso, en la Segunda Semana, habíamos comenzado a revisar el orden de los principios meditando las Dos Banderas, que apunta la inteligencia. Es decir conocer los engaños del maligno y conocer la Doctrina de Nuestro Señor. Se trata entonces de una meditación que apunta a la inteligencia. Luego San Ignacio quiere que nos examinemos cómo está nuestra voluntad; porque no basta, para decidir, con un manojo de consideraciones muy piadosas, muy santas. San Ignacio quiere que apliquemos, que tomemos decisiones, que encaremos, porque para andar en verdad es necesario obrar. De allí, esa meditación de los Tres Binarios, aquellos dos tipos de hombres que habían adquirido mil ducados, pero no necesariamente por puro amor a Dios. Una meditación que apuntaba a examinar cómo está nuestra voluntad. Si efectivamente hay un querer firme de hacer lo que Dios quiere que yo haga. San Ignacio se asegura esa disposición de hacer la Voluntad de Dios.

Ahora San Ignacio va a ir un poco más, y va a mostrarnos con esta Meditación cómo están nuestros afectos, cómo está nuestro corazón. Entonces: Dos Banderas apuntan la inteligencia; Tres Binarios apuntan la voluntad; Tres Maneras de Humildad apuntan a nuestro corazón, al orden de los afectos.

Ustedes se darán cuenta, leyendo el Libro de los Ejercicios, que San Ignacio no propone esto como una meditación como tal; aunque nosotros la proponemos así, adaptando estos Santos Ejercicios por su importancia, y por la capital importancia que esto tiene. San Ignacio incluso ve conveniente que lo hagamos de a ratos en el día. Tomemos nota también y, por ahí, durante el día, consideremos estas Tres Maneras de Humildad para poder alcanzar la más perfecta.

2º preámbulo: Composición de lugar:

En nuestra meditación, podemos utilizar como composición de lugar el mismo Calvario, la Cruz de Nuestro Señor en el Monte Calvario, en medio de aquellos dos ladrones, y numerosas personas al pie de la Cruz; sobre todo, a Nuestra Señora, sufriendo como Madre Dolorosa la afrenta que está padeciendo su Hijo.

Pero de Cristo en la Cruz podemos detenernos en este aspecto: Concentrarnos en Su Rostro encarnecido, en Su Rostro adolorido, en Su Rostro ensangrentado; en donde en una de esas ocasiones levanta Su Mirada y me dice: «¡Ven! ¡Sígueme!».

3º preámbulo: Petición:

La petición, el fruto a alcanzar, lo sacamos del mismo punto [164]: afectarme mucho a la verdadera Doctrina de Jesucristo. Conocimiento interno de la Doctrina de mi Jesús para mucho afectarme a seguirla.

Bien. Por eso vemos cómo todo en los Ejercicios va encaminado a ordenar la vida del ejercitante para que no se determine «**POR AFECCIÓN ALGUNA QUE DESORDENADA SEA**». Por eso, el que no ve este fin, habrá de encontrar una serie de meditaciones desligadas, inconexas de unas entre otras, sin una trabazón. En cambio, bajo este otro punto de vista, la luz es total. Se trata, por tanto, de **ordenar la vida**; y ese ordenar la vida se traduce en una **elección de estado o de género de vida, eliminando todo desorden**; o, para aquel que ya ha decidido, -vida matrimonial o vida consagrada-, se trata de una reforma de vida sin que haya ningún desorden o afección alguna. No se trata de no estar afectado con nada. Somos hombres, tenemos afectos. Por eso, aquí, San Ignacio va a insistir en ordenar esos afectos debajo de la voluntad de Dios; es decir, que ningún afecto prime por encima de la Voluntad de Nuestro Señor.

Por tanto, repasando, podemos descubrir como una serie de principios, de «leyes» y, por tanto, la ley hay que cumplirla, hay que respetarla, que fuimos conociendo y haciendo propia:

- ✓ En Principio y Fundamento hemos visto ya, incluso, las bases de esta **elección**; de allí: Principio y Fundamento, lo que sostiene todo.
- ✓ Luego, hemos profundizado sobre la Ley contra el pecado: ni por todo el oro del mundo hacer un pecado mortal o venial. Hemos visto la profundidad de eso; esa terrible realidad. Ese desorden introducido en el mundo por el mal uso de la libertad del hombre.

- ✓ Luego, justamente, habíamos visto esa Ley contra el desorden; quiere decir que, ni una cosa elegida por sí misma, sino únicamente en cuanto me sirve y me ayuda al servicio de Dios. Todo es medio para que yo me salve; por tanto, ninguna cosa es un fin, sino un medio para llegar a Dios. Principio y Fundamento, Ley contra el pecado, la Ley contra el desorden.
- ✓ También, hemos visto la Ley de perfección, en donde San Ignacio nos reitera en numerosas ocasiones: «**solamente queriendo y eligiendo lo que más me afecta**, me conduce, **al fin para el cual fui creado**». Lo que más. Es el «**MAGIS**» ignaciano.
- ✓ A estas leyes, en la **Segunda Semana**, se agrega, o mejor dicho, se aclara esta Ley de perfección; porque lo que más me conduce, es:
 - lo que Jesucristo ha elegido,
 - cómo Él lo ha elegido, y
 - por los motivos de elección que Él ha tenido; es decir, los criterios.

De allí que en esta Segunda Semana de los Ejercicios ustedes están meditando los distintos Misterios de la Vida de Nuestro Señor para ese conocimiento interno, para ese conocimiento por connaturalidad que debo tener con Jesucristo; para que los criterios que rijan mi vida, sean los criterios de Nuestro Señor. En otras palabras, para que el Evangelio sea el criterio de mi vida, de mis elecciones.

Por tanto, como se ve en los Ejercicios, todo va ordenado a la santidad: a **la entrega total en manos del Padre Dios**, y por un **motivo** predominantemente de **amor**, en un **camino** que no es otro que **Cristo**. Se trata de una entrega total del hombre a Dios Padre por un camino que no es otro que el de Jesucristo y el único motivo por el cual debemos guiarnos no es otro que el amor. Desligado este ideal de los Ejercicios, los Ejercicios mismos no tienen sentido.

De ahí que esta meditación de estas Tres Maneras de Humildad San Ignacio busca romper con nuestros afectos para llevarnos al mayor grado de perfección. Por lo tanto el **fruto** de esta meditación es un **ligarse entero a Jesucristo**, un afccionarse con toda el alma a Nuestro Señor. Un **vivir sin miedos**, ya que los dolores no son lo más temible. Los sufrimientos no son algo que nos termine espantando. Si el Señor nos los concede van a ser bienvenidos. Notemos que toda perfección que no marche por este camino, va descaminada.

Es decir de esas dos grandes vertientes, cómo la santidad está en **evitar el pecado**, todo pecado, todo desorden y en **hacer lo que Cristo me propone**, en hacer Su Santísima Voluntad de una manera lo más cabal posible. Por eso, San Ignacio busca almas generosas, almas entregadas, almas esforzadas, que en todo querrán afectarse en todo servicio a Su Rey y Señor.

Vamos, entonces, **a emular a los que más van cerca de Cristo**. Ya no obraremos por interés, sino por emulación. El que emula, imita por amor, el amor hace semejantes, es lo propio de los corazones nobles.

CUERPO DE LA CONTEMPLACIÓN

PRIMERA MANERA DE HUMILDAD.

Dice el Libro de los Ejercicios:

[165] *1ª humildad.* La primera manera de humildad es necesaria para la salud eterna, es a saber, que así me baxe y así me humille quanto en mí sea possible, para que en todo obedesca a la ley de Dios nuestro Señor, de tal suerte que aunque me hiciesen señor de todas las cosas criadas en este mundo, ni por la propia vida temporal, no sea en deliberar de quebrantar un mandamiento, quier divino, quier humano, que me obligue a peccado mortal.

Este primer grado, consiste en tener una voluntad dispuesta ante la tentación más vehemente a no cometer un pecado mortal; ni que se me ofrezca todo el oro del mundo o perder, incluso, la misma vida.

No es pavada. Pensemos, y lo hemos meditado: Adán, la misma Eva, los ángeles caídos. Se trata de una manera de humildad **necesaria para la salvación**. Tenemos que fortalecer y vamos fortaleciendo nuestra voluntad con las meditaciones. Hemos profundizado sobre quién es Dios, sobre qué implica y lo santa que es Su Ley, la misma fealdad del pecado, el mismo afirmarse en el deseo de la virtud. Pero, también, tenemos que remarcar que este Primer grado no es toda la vida cristiana, sino más bien su fundamento, su base; no hay casi que detenerse aquí porque, de hecho, es el fruto de la Primera Semana. Pero no hay que dejar de rogarlo, porque muchas veces su cumplimiento exige un heroísmo total. Se trata de cumplir las reglas; por ejemplo, una madre, o un matrimonio, de aceptar los hijos que Dios quiera enviar; el no aceptar el marido a la mujer, o la mujer al marido, en su vida íntima, si ha de hacerse de forma pecaminosa; para un estudiante, el mismo hecho de un universitario, copiarse en un examen, el cumplir las reglas; no aceptar, por ejemplo, un puesto de trabajo si eso, de algún modo, colabora contra los enemigos de la Iglesia; o, ni hablar, si implica algún soborno o alguna coima. En fin: el Primer Grado de Humildad. Esto nos sirve, sobre todo para entender en qué está la verdadera humildad, y que no es otra que la sumisión a Dios. Se trata de vivir la vida de la gracia. El primer grado de humildad cierra las puertas del infierno.

Pasemos al segundo grado de humildad.

SEGUNDA MANERA DE HUMILDAD.

San Ignacio dice:

[166] *2ª humildad.* La 2ª es más perfecta humildad que la primera, es a saber, si yo me hallo en tal punto que no quiero ni me affecto más a tener riqueza que pobreza, a querer honor que deshonor, a desear vida larga que corta, siendo igual servicio de Dios nuestro Señor y salud de mi ánima; y con esto, que por todo lo criado, ni porque la vida me quitasen, no sea en deliberar de hacer un peccado venial.

Evidentemente, que para adquirir este grado de humildad, es necesario haber adquirido la primera. Este segundo grado de humildad **mira a los pecados veniales plenamente deliberados** que son los que podemos evitar, porque faltas, como hijas de la inadvertencia, en las que la responsabilidad no es plena son inevitables. Sólo la Santísima Virgen tuvo ese privilegio. Entonces aquí no estamos considerando eso, sino, justamente, los pecados veniales deliberadamente cometidos. Por eso, tenemos que ponernos firmes en la resolución de evitarlos: ciertas murmuraciones, ciertas faltas de respeto, muchas faltas deliberadas de caridad. Es decir, todo lo que es pecado venial que esté a mil leguas de mí.

De hecho, **los santos lo comprendieron**. Por ejemplo: San Juan Crisóstomo decía que prefería ser poseído del demonio antes de cometer un pecado venial; Santa Catalina de Génova decía que con gusto se arrojaría en un océano de fuego ardiente por evitar la ocasión de un solo pecado venial, y que allí permanecería permanentemente si para salir fuera menester cometerlo. ¡Impresionante! San Alonso Rodríguez, -aquel gran misionero de Sudamérica- exclamaba: «Señor, haced que yo sufra todas las penas del infierno antes que cometer un solo pecado venial»; o, como en otra ocasión, afirmaba San Juan Crisóstomo: «Si amáramos a Cristo de veras, juzgaríamos más grave la ofensa del amado que el fuego del infierno».

Por eso, tenemos que resolvernó a detestarlo lo más posible; porque, por un pecado venial, **mi alma se va debilitando** y va poniendo de algún modo en peligro el fervor, la delicadeza del amor, haciendo que **prevalezca más el espíritu del temor sobre el amor filial**. Por eso me va privando, por así decirlo, de cierta libertad.

Es una **concesión** a alguna inclinación torcida que se va arraigando, y por tanto va debilitando la fuerza de la voluntad; va menguando el amor de Dios, porque lo que concedemos a los amores no rectos, lo quitamos al amor de Dios; son como amores que arden con el combustible robado.

Por eso un millón de pecados veniales no hacen un solo pecado mortal; sin embargo, Santo Tomás, que no es muy amigo de las exageraciones, decía:

Quien peca venialmente... **desprecia algún orden**, y con eso acostumbra su voluntad a no sujetarse en las cosas menores al orden debido; **se dispone** a no sujetar su voluntad al orden el último fin, eligiendo lo que de suyo es **pecado mortal**.

Quiere decir que al no sujetarse al orden en las cosas pequeñas, eso va disponiendo al hombre a no sujetarse en las cosas grandes y, por tanto, lo hace terminar eligiendo el pecado mortal, nos va debilitando imperceptiblemente, hasta que nos ocasiona el paso fatal. Por eso, tenemos que examinarnos también en esto.

Fíjense el detalle, quizás a alguno no le ha pasado desapercibido de que en estos renglones encontramos mucho de lo que hemos meditado en la indiferencia ignaciana, en aquellas primeras meditaciones sobre Principio y Fundamento, porque justamente estos pecados **nacen del alma que no ha vencido, o no ha mortificado sus aficiones**

desordenadas. Cualquiera de estas es un verdadero semillero de pecados veniales. Por eso decía Alfonso Torres¹, gran predicador jesuita:

Se suele recomendar en la **lucha contra los pecados veniales** que se trabaje mucho en desarraigar o mortificar todas nuestras aficiones desordenadas. Es el medio más seguro de quitar los pecados.

Por eso, San Ignacio intercala aquí su doctrina de la **indiferencia**, porque el segundo grado o modo de humildad, o sea la disposición habitual de no cometer pecado venial cueste lo que cueste, **no es verdadera si no brota de un corazón que ha desarraigado sus aficiones desordenadas.**

Por eso las **aplicaciones prácticas** que aquí pueden hacerse son muchas. Cada uno debería, al mirar las faltas de este año, **examinar** -fíjense ustedes; esto creo que les puede ser muy útil-, **examinar de qué raíz proceden** y poner allí la hoz, a esa raíz.

Segundo grado de humildad. Acá está la perfección de los Ejercicios. Acá no solamente se han cerrado las puertas del infierno, sino también las puertas del Purgatorio. Es decir, las puertas del Cielo se han abierto de par en par. ¡Listo! ¡Tanto lo habíamos pedido! ¡Tanto habíamos peleado por esto! En estos Ejercicios, ¡tanto nos habíamos esforzado! ¡Salvar el alma! ¡Tanto lo habíamos repetido! Y, ¡listo!, ¡perfecto! Es el fruto de los Ejercicios. ¡Ya está! ¡No hay más! **Con esta humildad logramos ser indiferentes.** Tanto insistíamos en esto. ¡Lo logramos! Sin embargo, Cristo entra con el argumento que inclina la balanza.

Y de acá tenemos la tercera manera de humildad.

TERCERA MANERA DE HUMILDAD.

[167] *3ª humildad.* La 2ª es humildad perfectísima, es a saber, quando incluyendo la primera y segunda, siendo igual alabanza y gloria de la divina majestad, por imitar y parecer más actualmente a Christo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Christo pobre que riqueza, approbios con Christo lleno dellos que honores, y desear más de ser estimado por vano y loco por Christo que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo.

Si te da lo mismo... «quiero y elijo lo que Cristo». Esto es «lo que más». Encontramos mucha luz en esto; porque si es igual: casado o casto; rico o pobre; ¡listo!, si es así, elijo la platita. ¡No! Si es igual, si soy indiferente, quiero y elijo lo que Cristo.

El motivo de esta manera de humildad es el ejemplo de Nuestro Señor. «**PARA PARECER E IMITAR MÁS PERFECTAMENTE A CRISTO NUESTRO SEÑOR QUIERO Y ELIJO MÁS POBREZA CON CRISTO POBRE QUE RIQUEZA, OPROBIOS CON CRISTO LLENO DE ELLOS QUE HONORES; Y DESEO MÁS BIEN SER TENIDO POR VANO Y LOCO POR CRISTO QUE PRIMERO FUE TENIDO POR TAL, QUE POR SABIO NI PRUDENTE EN ESTE MUNDO**» [167].

¹ Cf. TORRES, A., *Apuntes de Ejercicios*, (1942).

Entonces, repasemos:

- ✓ La primera manera de humildad mira al infierno, y cierra sus puertas;
- ✓ La segunda manera de humildad cierra las del purgatorio y nos abre las puertas del Cielo;
- ✓ La tercera no mira ni al infierno ni al purgatorio, ni siquiera mira al Cielo, ¡mira a Jesucristo clavado en la Cruz, crucificado!; y corre a abrazarse con Él en la cruz.

Se trata no de una voluntad seria, no de una voluntad firme, es la misma locura de la Cruz. Esta voluntad no me entrega ningún mérito. No lo hace buscando premios.

Tenemos un testimonio hermosísimo que solemos utilizar. El Padre Doyle, aquel sacerdote jesuita, misionero, tan campechano, escribe ya luego de muchos años en la misión, ya él un hombre mayor, entrado en años:

Veo lo que ya sabía hace años, pero no lo aceptaba: que Dios me pide la práctica del tercer grado de humildad, con toda su perfección, en cuanto yo soy capaz... Dios quiere que no me contente con la vida de religioso mediano; quiere que me haga guerra incesante a mí, a mis pasiones, inclinaciones, malos hábitos; que sujete y quebrante mi voluntad, que la mortifique en todas las cosas... Para esto tengo que esforzarme por cercenar de mi vida toda comodidad, escoger lo duro, ir contra mi natural inclinación y renunciar a la vida de gusto propio que hasta aquí he llevado.... El motivo para hacerlo así es el inmenso, profundo y verdadero amor del Corazón de Jesús para conmigo. -Y se pregunta- ¿Podré yo hacer esto cinco, diez, veinte años...? ¿Podré llevar vida crucificada tan larga?» -y se responde lo siguiente, algo que deberíamos respondernos todos los días nosotros- «**Jesús no me pide sino que lo haga por este día**, que pasa tan rápidamente, y con él el recuerdo del pequeño sufrimiento y mortificación sufrida; una vez pasado se acabó, pero la recompensa es eterna».

Para librarnos escogió Cristo el modo humillante y doloroso; los que de alguna manera quieren participar de su obra deben dejarse tomar por este camino de la humillación y del dolor: **amar a Cristo humilde y doloroso, abrazar a Cristo sobre su cruz**. Es el secreto de los santos.

Es muy frecuente ver **almas que revolotean en torno a la Cruz** de Cristo. Con todo lo que ella incluye de pobreza, de humildad, de sacrificio; **pero no se posan en ella**, sino que escapan espantadas como los pájaros delante del espantapájaros que hay en el campo.

Perder el miedo a esto, es cosa necesaria para toda alma si de veras quiere unirse a Nuestro Señor. Es decir, que nos sirve contemplar los sufrimientos de Cristo y aprender de ellos. Este espíritu hay que pedirlo. Tenemos que aprovechar múltiples ocasiones para vivir dentro de esta tercera manera de humildad. Nuestros disparates, sin excusarnos; nuestros olvidos, sin defendernos. Muchas veces las reprensiones de nuestros superiores, de nuestros jefes, sin amargarnos; incluso nuestros fracasos, sin desalentarnos. En todo ver que en eso podemos dar mayor gloria a Dios.

Esto puede resultarnos difícil. Ciertamente que de suyo parecería que esto es así, porque estamos hablando de los más esforzados; sin embargo justamente Cristo nos llama a esta tercera manera de humildad a todos; y se trata de vivirla solamente por amor. Es una manera de humildad que nace del amor. Y, en ese sentido no hay nada más sencillo, más natural al hombre que el amor. Por eso que hay como una **recirculación**, dice el padre Alfonso Torres:

Lanzándose a esta manera de humildad que ahora consideramos, **se alcanza el perfecto amor y teniendo verdadero amor, se siente la necesidad de esta tercera manera de humildad.**

Por eso, es la libertad total.

El amor es generoso y hace a las almas valientes. Y si el amor ve las humillaciones del Señor, no se puede contentar con quedarse a la defensiva; solamente impidiendo de modo negativo cualquier falta de soberbia, sino que pasa a la ofensiva, al ataque, a derrotar justamente ese espíritu de soberbia con los ejercicios más perfectos de humildad.

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio:

[168] *Nota.* Así para quien desea alcanzar esta tercera humildad, mucho aprovecha hacer los tres coloquios de los binarios ya dichos, pidiendo que el Señor nuestro le quiera elegir en esta tercera mayor y mejor humildad, para más le imitar y servir, si igual o mayor servicio y alabanza fuere a la su divina majestad.

Un coloquio pidiendo al Señor que nos reciba en este tercer grado de humildad, si para mayor gloria de Dios y beneficio de mi alma Él lo quiera.

Antes de terminar, San Ignacio pone, -gran conocedor del valor de estas pequeñas mortificaciones-, una recomendación; dice:

Para mejor venir a este tercer grado de perfección tan precioso en la vida espiritual, nuestro mayor y más intenso oficio debe ser buscar en el Señor su mayor abnegación y continua mortificación en todas las cosas posibles.

Por eso, muchas veces, ayuda en el día, aprovechar esas ocasiones cotidianas para mortificarnos, para conquistar el amor, sabiendo de que el amor nos hace libres.

En el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.